

Irán

[Christopher de Bellaigue](#)

El deseo de Teherán de hacerse con la bomba nuclear ha puesto al país en el punto de mira de Washington. Pero ni las repetidas condenas al régimen de los ayatolás ni la amenaza del uso de la fuerza militar por parte de Estados Unidos fomentarán la democracia en Irán. Cuando emprenda reformas, será porque se lo exija su juventud, no la Casa Blanca.

"Si Teherán consigue la bomba, la usará"

Muy improbable. Supongamos que Irán tiene un programa de armamento nuclear: ¿para qué puede quererlo? Es casi seguro que no pretende usar una bomba nuclear para intimidar a su enemigo en la región, Israel, o a su *némesis* mundial, Estados Unidos, pues podría resultar catastrófico para la República Islámica. El régimen clerical iraní gobierna un país con escaso fervor revolucionario y una economía poco sólida, muy dependiente de los ingresos del petróleo, que no soportaría las sanciones que acompañarían a una refriega nuclear.

Además, el clero iraní ha emprendido una distensión parcial con sus vecinos árabes y con la Unión Europea, cuyas principales potencias (el Reino Unido, Francia y Alemania) mantienen discretas negociaciones con Irán. Los clérigos no están interesados en renunciar a los beneficios económicos y diplomáticos de esas relaciones.

Sin embargo, es lícito preguntarse por qué, si Irán quería tener tecnología nuclear para fines pacíficos, ocultó sus intentos de obtenerla. Según Teherán, hacer pública su adquisición de tecnología nuclear hubiera permitido a EE UU bloquear las líneas de suministro. Puede ser cierto, pero también hay otra explicación: Irán ocultó su interés por la tecnología nuclear debido a su naturaleza militar. Hay pruebas detalladas y plausibles –en su mayoría recabadas por el Organismo Internacional

para la Energía Atómica (OIEA)– que indican que el programa nuclear iraní no es sólo civil. Hace más de diez años que oculta cambios importantes en su inventario nuclear e intenta hacerse clandestinamente con material atómico. Algunas de sus acciones han quebrantado los términos del Tratado de No Proliferación Nuclear (TNP), mientras que otras desobedecen abiertamente su espíritu. Que el OIEA no haya conseguido encontrar pruebas evidentes de que Irán esté intentando militarizar su tecnología nuclear no significa que ello no suceda.

Pero la ambigüedad de Irán en lo nuclear está calculada y es una reacción a su sentimiento de vulnerabilidad. Probablemente pretende reunir todos los elementos necesarios para la fabricación de bombas nucleares por si llegara el momento en que considere que hay riesgo inminente de un ataque de Estados Unidos o de Israel. Mientras, los funcionarios iraníes alardean –sin fundamento, según algunos– de su "dominio" de la tecnología del ciclo del combustible nuclear.

"Irán no necesita la energía nuclear"

Falso. Aunque es el segundo productor de petróleo de la OPEP y tiene las segundas mayores reservas de gas natural del mundo, sus necesidades energéticas crecen más rápido que su capacidad para responder a ellas. Impulsado por una población joven y sus altos ingresos por el petróleo, su consumo de crudo crece a un ritmo aproximado de un 7% anual, y su capacidad de producción deberá casi triplicarse en los próximos 15 años para responder a la demanda prevista.

¿De dónde sacará la electricidad que necesita? Desde luego, no del sector petrolero, obsoleto por las sanciones estadounidenses, la ineficacia, la corrupción y la desconfianza institucionalizada hacia los inversores occidentales. Desde 1995, cuando el sector fue abierto a unas pocas empresas extranjeras, Irán ha sumado 600.000 barriles diarios a su producción de crudo, suficiente para compensar el agotamiento de los pozos antiguos pero no para estimular la producción, que desde finales de los 90 se ha estancado en torno a los 3,7 millones de barriles diarios. Casi el 40% del crudo iraní se consume en el país. Si esta cifra aumentara, los ingresos por el petróleo disminuirían, lo que

significaría el fin del intenso crecimiento económico que disfruta desde 1999. Ahora no es posible compensar ese desfase con el gas natural. Las enormes reservas del país apenas empiezan a explotarse, por lo que Irán aún es importador neto.

El principal objetivo de su política exterior es contrarrestar el intento de EE UU de aislarlo, lo que explica en parte el ambicioso acuerdo firmado con China en 2004, según el cual Pekín comprará gas licuado iraní por valor de hasta 70.000 millones de euros en los próximos 30 años y gestionará una gran explotación petrolífera.

No es casual que el acuerdo se haya hecho con un miembro permanente del Consejo de Seguridad de la ONU. También mantiene conversaciones sobre posibles acuerdos energéticos con otros influyentes países asiáticos como Japón e India. Es lógico que le interese liberar la exportación de sus hidrocarburos, pero ¿por qué costear un programa para completar el ciclo del combustible nuclear cuando hay países dispuestos a vendérselo a Irán? Teherán argumenta que Washington podría presionarles en su contra. No es convincente: son los mismos que le compran el petróleo y que prometen comprarle el gas, a pesar de EE UU.

"El pueblo iraní está a favor del programa nuclear de sus dirigentes"

No mucho. Los iraníes que declaran su apoyo a la ambición nuclear de su país son, en general, firmes defensores de la República Islámica y constituyen una minoría. En el Irán actual, sombríamente despolitizado, lo que mueve a la gente son las cuestiones cotidianas, como el precio de los productos básicos o las modificaciones del servicio militar obligatorio. Durante los cuatro años y medio que he vivido en Irán he presenciado discusiones espontáneas entre iraníes de a pie sobre este tipo de asuntos cotidianos, pero muy raramente acerca de estrategias nacionales o geopolíticas, y desde luego nunca sobre el programa nuclear iraní.

Es cierto que las pocas encuestas de opinión realizadas, encargadas en su mayoría por órganos cercanos al *establishment* conservador iraní, han mostrado un amplio apoyo al objetivo explícito del

país de producir combustible nuclear. Pero hay motivos fundados para mostrarse escéptico sobre esos resultados. Sería sorprendente que una población cada vez menos interesada por la política se sintiera movilizada de repente por algo tan críptico como la energía nuclear y sus subproductos. La población urbana, educada, conoce en general la polémica sobre este tema, pero no oculta su desdén por los políticos. Es muy improbable que los iraníes estén dispuestos a soportar el aislamiento económico y diplomático que resultaría del empeño de Teherán en enriquecer uranio. Y la República Islámica no insistiría mucho en ello ya que es el régimen, y no la comunidad internacional, quien sufriría sus consecuencias.

"Sólo la amenaza del uso de la fuerza disuadirá a Irán de seguir con sus planes "

Dudoso. La amenaza de un uso inminente de la fuerza podría hacer que Irán se echase atrás, pero también podría tener el efecto contrario, alentándole a abandonar el TNP y a desarrollar su arma nuclear lo más rápido posible.

EE UU e Israel han reaccionado agresivamente a las declaraciones de los dirigentes iraníes insinuando que no abandonarían su objetivo de completar el ciclo del combustible nuclear. Pero estos países no tienen relaciones oficiales con Irán y sus oportunidades de juzgar la sinceridad de esas declaraciones son escasas. En privado, los altos cargos iraníes y los extranjeros que están al tanto de las negociaciones con la UE dicen que Irán es más flexible de lo que demuestra. Según un iraní conservador y bien relacionado, "el ciclo del combustible no es un artículo de fe, sino una carta que jugar". ¿Qué espera ganar Irán? Según los altos cargos iraníes con los que he hablado, Teherán revisaría sus planes nucleares si EE UU abandonara su política de atacar a la República Islámica y empezara a levantar las sanciones económicas. Aunque, al final, podría preferir no renunciar públicamente a sus objetivos nucleares y mantener las actuales negociaciones, es difícil imaginar que amagara de nuevo con enriquecer uranio si una amenaza verosímil de sufrir graves consecuencias fuera acompañada de grandes incentivos.

"Una acción militar de EE UU animaría a los disidentes a derrocar al régimen"

Falso. Hace seis o siete años, cuando prosperaba la libertad de expresión, hubiera sido plausible que un grupo de pensadores radicales procedentes de la universidad hubiera cristalizado en un movimiento disidente. Ahora no. Decenas de dirigentes estudiantiles han sido encarcelados, torturados o silenciados por otros medios y el resto están coaccionados por la dura realidad económica iraní: alto paro, inflación galopante y el Estado como mayor empleador. Casi el 80% de la economía iraní está controlada por el Estado y, evidentemente, los trabajadores cobran su paga y mantienen la cabeza baja y la boca cerrada.

Cuando EE UU invadió Irak en 2003 algunos jóvenes iraníes dijeron a los periodistas que esperaban que Irán fuera el siguiente. Hoy en día, ese sentimiento se expresa menos. Un motivo para ello es que no desean para su país las funestas condiciones de Irak. Otro es que la oposición a la República Islámica carece de una ideología unificadora. El apoyo a los dos grupos tradicionales de la oposición, los monárquicos y los Muyahidines (Combatientes) del

Pueblo, es escaso. El desafío evidente es la democracia liberal, pero el Estado no permite que se debata en qué consistiría o cómo alcanzarla. Es posible que unos cuantos iraníes celebraran una invasión de EE UU, pero no por mucho tiempo. El primer cadáver iraní catalizaría los sentimientos antiamericanos, sobre todo si se tratara de un joven recluta desprevenido o de un civil inocente. Este mensaje ha sido asumido por Reza Pahlevi, el hijo del Sha en el exilio, quien ha dicho que "los iraníes no buscan la libertad a cualquier precio, no quieren una libertad otorgada por un general estadounidense".

"Las críticas a la República Islámica ayudan a los disidentes en el interior"

No. Las repetidas declaraciones de apoyo al pueblo iraní por parte del presidente George W. Bush no ayudan a los iraníes de a pie. La última vez que hubo disturbios importantes en Teherán, en el verano de 2003, la solidaridad con los rebeldes expresada por Bush llevó al Parlamento, de orientación reformista, a condenar la interferencia estadounidense. Hubo al menos un líder estudiantil, Abdulá Momeni, que lamentó que las declaraciones de Bush hubieran dado al Estado "una excusa para la represión".

La Administración Clinton se dio cuenta rápidamente de que defender en público a los ya atribulados reformistas iraníes no hacía sino dar pie a que los clérigos les acusaran de ser lacayos de Estados Unidos. Clinton también aprendió el coste de criticar a una élite clerical iraní que no rinde cuentas. En 1999, en un discurso por lo demás conciliador, la entonces secretaria de Estado, Madeleine Albright, hizo una comparación entre la facción que había ganado y la que había perdido las elecciones gubernamentales iraníes; cualquier beneficio potencial de su discurso quedó sepultado bajo un aluvión de invectivas iraníes.

Las críticas de EE UU tienen un efecto perverso, ya que no cuenta con relaciones diplomáticas o económicas con Irán y, por tanto, ninguna influencia sobre el país. Estados Unidos es enemigo declarado de la República Islámica y, a conciencia, ésta hace lo contrario de lo que aquél le aconseja. Por otro lado, la UE, la ONU y algunas ONG han abierto un proceso de diálogo con Irán y no

buscan (al menos públicamente) la caída de la República Islámica. Esto les da una modesta influencia sobre el Gobierno iraní. Recientemente, ciertos gobiernos extranjeros y ONG se han unido a los activistas iraníes para presionar por la liberación de los periodistas de Internet y de *bloggers* detenidos bajo la acusación de espionaje. Lo consiguieron.

"Si la democracia llega a Irak, a Irán también"

Mera ilusión. Esta teoría, difundida por algunos neoconservadores estadounidenses, nunca debió salir de la servilleta en la que fue garabateada. Irán e Irak son vecinos, pero esa frontera es prácticamente lo único que comparten.

Irán es un país mayoritariamente persa (aunque con importantes minorías desperdigadas), con unas fronteras lógicas, que delimitan el territorio de los antiguos imperios persas. Casi todos los iraníes son chiíes. En Irak conviven árabes chiíes, kurdos suníes y árabes suníes dentro de unas fronteras trazadas con imperial descuido hace menos de un siglo. Hay pocos iraníes, incluso entre la oposición a la República Islámica, que cuestionen la integridad del Irán actual y sus fronteras. Algo que no sucede en Irak.

Es cierto que a mediados del siglo XX hubo una breve convergencia superficial cuando ambos países tenían monarquías respaldadas por Occidente. Pero mientras que Irak se deslizó del socialismo baazista al totalitarismo de Sadam Husein, ateo y de predominio suní, Irán vivió una revolución. Tras un año de pluralismo anárquico, se estableció una teocracia chií, semidemocrática y antioccidental. Tras haber sufrido bajo el baazismo, muchos de los clérigos chiíes de Irak disfrutaban actualmente de un considerable prestigio en su país. En Irán, sin embargo, el pueblo está alienado por la sed de poder terrenal que muestran muchos de sus clérigos. Ni estas evidentes diferencias ni la terrible guerra entre Irán e Irak de los años 80 han impedido a las sucesivas administraciones estadounidenses clasificarlos como una misma cosa. Eran el objetivo de la "contención dual" de Clinton y son dos tercios del *eje del mal* de Bush.

Si los países de Oriente Medio tienden a caer uno tras otro como un

dominó, ¿por qué Irán no siguió el curso de Turquía en el siglo XX? Ambos países comparten una extensa frontera y gran parte de su historia. Al igual que Irán, Turquía empezó ese siglo como una monarquía cargada de problemas y amenazada por una democracia incipiente. Tras la Segunda Guerra Mundial, ambos fueron transformados por fuertes líderes modernizadores. Hoy, mientras Turquía está en el umbral de la UE, Irán teme un ataque de Estados Unidos.

"Irán no puede ser reformado desde dentro"

Falso, otra vez. Irán puede ser reformado, y lo será. La demografía lo hace inevitable. En torno al 70% de sus 70 millones de habitantes tiene menos de treinta años y una mentalidad más reformista que sus mayores. Algo que quedó claro en una encuesta encargada por su Ministerio de Cultura y Orientación Islámica, cuyos resultados preliminares fueron divulgados en 2001. Este estudio confirmaba que a los jóvenes les disgustaban las restricciones políticas existentes más que a sus mayores y cumplían menos con los preceptos religiosos. El 31% de la población entre 15 y 29 años estaba a favor de un "cambio fundamental en el estado de cosas", eufemismo para referirse a una democratización de la Constitución. Dada la creciente insatisfacción con el clero en el poder, es probable que esas cifras hayan aumentado desde 2001.

La difusión de los valores materialistas y de libertad sexual y el deseo de tener familias más pequeñas son palpables tanto en los ricos distritos residenciales de Teherán como en los más pobres. Las mujeres dominan progresivamente las universidades y ya hay más licenciadas que licenciados. Los jóvenes muestran escasa animosidad contra el antes odiado EE UU. Es cierto que seis años de presión conservadora sobre el reformismo del presidente Mohamed Jatamí han hecho mella en su movimiento y en quienes lo apoyan. Hay millones de iraníes de mentalidad reformista, pero carecen de una ideología y un liderazgo comunes. Es probable que al inhabilitar a los candidatos reformistas, el Consejo de los Guardianes de la Constitución [un organismo de veto conservador] decida por anticipado el resultado de las presidenciales del 17 de junio.

Pese a todo, la República Islámica es hoy más receptiva al ánimo de la gente de lo que admite. En las grandes ciudades, como

Teherán, no es posible reprimir las libertades sociales y las distorsiones que éstas conllevan, por lo que las autoridades no ponen mucho empeño en ello. En las próximas elecciones, todos los candidatos conservadores se llenarán la boca con la importancia de las libertades individuales e incluso políticas.

A pesar del fracaso de Jatamí, una nueva generación de iraníes espoleará el avance de las reformas. Un proceso que se beneficiaría más de un diálogo crítico con EE UU que del actual, y colérico, callejón sin salida. Mientras Irán siga desconfiando de las intenciones de Washington y éste se dedique a vilipendiar a la República Islámica, sus dirigentes autoritarios tendrán una excusa para acabar con la disidencia y etiquetar a los reformistas como traidores.

[¿Algo más?]

In the Rose Garden of the Martyrs:

A Memoir of Iran (HarperCollins, Nueva York, 2005), de Christopher de Bellaigue, narra la vida en Irán desde la revolución islámica. Robin Wright, en ***The***

Last Great Revolution: Turmoil and Transformation in Iran (A.

A. Knopf, Nueva York, 2000), también retrata el Irán moderno. Los libros de Nikki Keddie son estudios ya clásicos sobre los últimos 100 años de Irán: ***Roots***

of Revolution: An Interpretive History of Modern Iran (Yale University Press, New Haven, 1981) y, más recientemente, ***Modern***

Iran: Roots and Results of Revolution (Yale University Press, New Haven, 2003). Sir Percy Sykes escribió una autorizada historia en lengua inglesa de Persia durante el siglo XX en dos volúmenes: ***A***

History of Persia (Mac-Millan & Co., Londres, 1915). James Traub se pregunta si la Administración Bush y sus aliados pueden impedir a Irán el enriquecimiento de uranio que le permita fabricar armas nucleares en 'The Netherworld of Nonproliferation' (*New York Times Magazine* , 13 de junio de 2004). En ***The***

Persian Puzzle: The Conflict Between

Iran and America (Random House, Nueva York, 2004), Kenneth M. Pollack, antiguo miembro del Consejo de Seguridad Nacional, revisa las conflictivas relaciones entre Estados Unidos e Irán y se manifiesta contra una acción militar estadounidense. Franklin Foer examina en 'Identity Crisis: Neocon v. Neocon on Iran' (*The New Republic* , 20 de diciembre de 2004) el impacto de Irán en los planes de los neoconservadores.

El deseo de Teherán de hacerse con la bomba nuclear ha puesto al país

en el punto de mira de Washington. Pero ni las repetidas condenas al régimen de los ayatolás ni la amenaza del uso de la fuerza militar por parte de Estados Unidos fomentarán la democracia en Irán.

Cuando emprenda reformas, será porque se lo exija su juventud, no la Casa Blanca. [Christopher de Bellaigue](#)

"Si Teherán consigue la bomba, la usará"

Muy improbable. Supongamos que Irán tiene un programa de armamento nuclear: ¿para qué puede quererlo? Es casi seguro que no pretende

usar una bomba nuclear para intimidar a su enemigo en la región, Israel, o a su *némesis* mundial, Estados Unidos, pues podría resultar catastrófico para la República Islámica. El régimen clerical iraní gobierna un país con escaso fervor revolucionario y una economía poco sólida, muy dependiente de los ingresos del petróleo, que no soportaría las sanciones que acompañarían a una refriega nuclear.

Además, el clero iraní ha emprendido una distensión parcial con sus vecinos árabes y con la Unión Europea, cuyas principales potencias (el Reino Unido, Francia y Alemania) mantienen discretas negociaciones con Irán. Los clérigos no están interesados en renunciar a los beneficios económicos y diplomáticos de esas relaciones.

Sin embargo, es lícito preguntarse por qué, si Irán quería tener tecnología nuclear para fines pacíficos, ocultó sus intentos de obtenerla. Según Teherán, hacer pública su adquisición de tecnología nuclear hubiera permitido a EE UU bloquear las líneas de suministro. Puede ser cierto, pero también hay otra explicación: Irán ocultó su interés por la tecnología nuclear debido a su naturaleza militar. Hay pruebas detalladas y plausibles –en su mayoría recabadas por el Organismo Internacional para la Energía Atómica (OIEA)– que indican que el programa nuclear iraní no es sólo civil. Hace más de diez años que oculta cambios importantes en su inventario nuclear e intenta hacerse clandestinamente con material atómico. Algunas de sus acciones han quebrantado los términos del Tratado de No Proliferación Nuclear (TNP), mientras que otras desobedecen abiertamente su espíritu. Que el OIEA no haya conseguido encontrar pruebas evidentes de que Irán esté intentando militarizar su tecnología nuclear no significa que ello no suceda.

Pero la ambigüedad de Irán en lo nuclear está calculada y es una reacción a su sentimiento de vulnerabilidad. Probablemente pretende reunir todos los elementos necesarios para la fabricación de bombas nucleares por si llegara el momento en que considere que hay riesgo inminente de un ataque de Estados Unidos o de Israel. Mientras, los funcionarios iraníes alardean –sin fundamento, según algunos– de su "dominio" de la tecnología del ciclo del combustible

nuclear.

"Irán no necesita la energía nuclear"

Falso. Aunque es el segundo productor de petróleo de la OPEP y tiene las segundas mayores reservas de gas natural del mundo, sus necesidades energéticas crecen más rápido que su capacidad para responder a ellas. Impulsado por una población joven y sus altos ingresos por el petróleo, su consumo de crudo crece a un ritmo aproximado de un 7% anual, y su capacidad de producción deberá casi triplicarse en los próximos 15 años para responder a la demanda prevista.

¿De dónde sacará la electricidad que necesita? Desde luego, no del sector petrolero, obsoleto por las sanciones estadounidenses, la ineficacia, la corrupción y la desconfianza institucionalizada hacia los inversores occidentales. Desde 1995, cuando el sector fue abierto a unas pocas empresas extranjeras, Irán ha sumado 600.000 barriles diarios a su producción de crudo, suficiente para compensar el agotamiento de los pozos antiguos pero no para estimular la producción, que desde finales de los 90 se ha estancado en torno a los 3,7 millones de barriles diarios. Casi el 40% del crudo iraní se consume en el país. Si esta cifra aumentara, los ingresos por el petróleo disminuirían, lo que significaría el fin del intenso crecimiento económico que disfruta desde 1999. Ahora no es posible compensar ese desfase con el gas natural. Las enormes reservas del país apenas empiezan a explotarse, por lo que Irán aún es importador neto.

El principal objetivo de su política exterior es contrarrestar el intento de EE UU de aislarlo, lo que explica en parte el ambicioso acuerdo firmado con China en 2004, según el cual Pekín comprará gas licuado iraní por valor de hasta 70.000 millones de euros en los próximos 30 años y gestionará una gran explotación petrolífera.

No es casual que el acuerdo se haya hecho con un miembro permanente del Consejo de Seguridad de la ONU. También mantiene conversaciones sobre posibles acuerdos energéticos con otros influyentes países asiáticos como Japón e India. Es lógico que le interese liberar la exportación de sus hidrocarburos, pero ¿por qué costear un programa para completar el ciclo del combustible nuclear cuando hay países dispuestos

a vendérselo a Irán? Teherán argumenta que Washington podría presionarles en su contra. No es convincente: son los mismos que le compran el petróleo y que prometen comprarle el gas, a pesar de EE UU.

"El pueblo iraní está a favor del programa nuclear de sus dirigentes"

No mucho. Los iraníes que declaran su apoyo a la ambición nuclear de su país son, en general, firmes defensores de la República Islámica y constituyen una minoría. En el Irán actual, sombríamente despolitizado, lo que mueve a la gente son las cuestiones cotidianas, como el precio de los productos básicos o las modificaciones del servicio militar obligatorio. Durante los cuatro años y medio que he vivido en Irán he presenciado discusiones espontáneas entre iraníes de a pie sobre este tipo de asuntos cotidianos, pero muy raramente acerca de estrategias nacionales o geopolíticas, y desde luego nunca sobre el programa nuclear iraní.

Es cierto que las pocas encuestas de opinión realizadas, encargadas en su mayoría por órganos cercanos al *establishment* conservador iraní, han mostrado un amplio apoyo al objetivo explícito del país de producir combustible nuclear. Pero hay motivos fundados para mostrarse escéptico sobre esos resultados. Sería sorprendente que una población cada vez menos interesada por la política se sintiera movilizada de repente por algo tan críptico como la energía nuclear y sus subproductos. La población urbana, educada, conoce en general la polémica sobre este tema, pero no oculta su desdén por los políticos. Es muy improbable que los iraníes estén dispuestos a soportar el aislamiento económico y diplomático que resultaría del empeño de Teherán en enriquecer uranio. Y la República Islámica no insistiría mucho en ello ya que es el régimen, y no la comunidad internacional, quien sufriría sus consecuencias.

"Sólo la amenaza del uso de la fuerza disuadirá a Irán de seguir con sus planes "

Dudoso. La amenaza de un uso inminente de la fuerza podría hacer que

Irán se echase atrás, pero también podría tener el efecto contrario, alentándole a abandonar el TNP y a desarrollar su arma nuclear lo más rápido posible.

EE UU e Israel han reaccionado agresivamente a las declaraciones de los dirigentes iraníes insinuando que no abandonarían su objetivo de completar el ciclo del combustible nuclear. Pero estos países no tienen relaciones oficiales con Irán y sus oportunidades de juzgar la sinceridad de esas declaraciones son escasas. En privado, los altos cargos iraníes y los extranjeros que están al tanto de las negociaciones con la UE dicen que Irán es más flexible de lo que demuestra. Según un iraní conservador y bien relacionado, "el ciclo del combustible no es un artículo de fe, sino una carta que jugar". ¿Qué espera ganar Irán? Según los altos cargos iraníes con los que he hablado, Teherán revisaría sus planes nucleares si EE UU abandonara su política de atacar a la República Islámica y empezara a levantar las sanciones económicas. Aunque, al final, podría preferir no renunciar públicamente a sus objetivos nucleares y mantener las actuales negociaciones, es difícil imaginar que amagara de nuevo con enriquecer uranio si una amenaza verosímil de sufrir graves consecuencias fuera acompañada de grandes incentivos.

"Una acción militar de EE UU animaría a los disidentes a derrocar al régimen"

Falso. Hace seis o siete años, cuando prosperaba la libertad de expresión, hubiera sido plausible que un grupo de pensadores radicales procedentes de la universidad hubiera cristalizado en un movimiento disidente. Ahora no. Decenas de dirigentes estudiantiles han sido encarcelados, torturados o silenciados por otros medios y el resto están coaccionados por la dura realidad económica iraní: alto paro, inflación galopante y el Estado como mayor empleador. Casi el 80% de la economía iraní está controlada por el Estado y, evidentemente, los trabajadores cobran su paga y mantienen la cabeza baja y la boca cerrada.

Cuando EE UU invadió Irak en 2003 algunos jóvenes iraníes dijeron a los periodistas que esperaban que Irán fuera el siguiente. Hoy en día, ese sentimiento se expresa menos. Un motivo para ello es

que no desean para su país las funestas condiciones de Irak. Otro es que la oposición a la República Islámica carece de una ideología unificadora. El apoyo a los dos grupos tradicionales de la oposición, los monárquicos y los Muyahidines (Combatientes) del Pueblo, es escaso. El desafío evidente es la democracia liberal, pero el Estado no permite que se debata en qué consistiría o cómo alcanzarla. Es posible que unos cuantos iraníes celebraran una invasión de EE UU, pero no por mucho tiempo. El primer cadáver iraní catalizaría los sentimientos antiamericanos, sobre todo si se tratara de un joven recluta desprevenido o de un civil inocente. Este mensaje ha sido asumido por Reza Pahlevi, el hijo del Sha en el exilio, quien ha dicho que "los iraníes no buscan la libertad a cualquier precio, no quieren una libertad otorgada por un general estadounidense".

"Las críticas a la República Islámica ayudan a los disidentes en el interior"

No. Las repetidas declaraciones de apoyo al pueblo iraní por parte del presidente George W. Bush no ayudan a los iraníes de a pie. La última vez que hubo disturbios importantes en Teherán, en el verano de 2003, la solidaridad con los rebeldes expresada por Bush llevó al Parlamento, de orientación reformista, a condenar la interferencia estadounidense. Hubo al menos un líder estudiantil, Abdulá Momeni, que lamentó que las declaraciones de Bush hubieran dado al Estado "una excusa para la represión".

La Administración Clinton se dio cuenta rápidamente de que defender en público a los ya atribulados reformistas iraníes no hacía sino dar pie a que los clérigos les acusaran de ser lacayos de Estados Unidos. Clinton también aprendió el coste de criticar a una élite clerical iraní que no rinde cuentas. En 1999, en un discurso por lo demás conciliador, la entonces secretaria de Estado, Madeleine Albright, hizo una comparación entre la facción que había ganado y la que había perdido las elecciones gubernamentales iraníes; cualquier beneficio potencial de su discurso quedó sepultado bajo un aluvión de invectivas iraníes.

Las críticas de EE UU tienen un efecto perverso, ya que no cuenta con relaciones diplomáticas o económicas con Irán y, por tanto,

ninguna influencia sobre el país. Estados Unidos es enemigo declarado de la República Islámica y, a conciencia, ésta hace lo contrario de lo que aquél le aconseja. Por otro lado, la UE, la ONU y algunas ONG han abierto un proceso de diálogo con Irán y no buscan (al menos públicamente) la caída de la República Islámica. Esto les da una modesta influencia sobre el Gobierno iraní. Recientemente, ciertos gobiernos extranjeros y ONG se han unido a los activistas iraníes para presionar por la liberación de los periodistas de Internet y de *bloggers* detenidos bajo la acusación de espionaje. Lo consiguieron.

"Si la democracia llega a Irak, a Irán también"

Mera ilusión. Esta teoría, difundida por algunos neoconservadores estadounidenses, nunca debió salir de la servilleta en la que fue garabateada. Irán e Irak son vecinos, pero esa frontera es prácticamente lo único que comparten.

Irán es un país mayoritariamente persa (aunque con importantes minorías desperdigadas), con unas fronteras lógicas, que delimitan el territorio de los antiguos imperios persas. Casi todos los iraníes son chiíes. En Irak conviven árabes chiíes, kurdos suníes y árabes suníes dentro de unas fronteras trazadas con imperial descuido hace menos de un siglo. Hay pocos iraníes, incluso entre la oposición a la República Islámica, que cuestionen la integridad del Irán actual y sus fronteras. Algo que no sucede en Irak.

Es cierto que a mediados del siglo XX hubo una breve convergencia superficial cuando ambos países tenían monarquías respaldadas por Occidente. Pero mientras que Irak se deslizó del socialismo baazista al totalitarismo de Sadam Husein, ateo y de predominio suní, Irán vivió una revolución. Tras un año de pluralismo anárquico, se estableció una teocracia chií, semidemocrática y antioccidental. Tras haber sufrido bajo el baazismo, muchos de los clérigos chiíes de Irak disfrutaban actualmente de un considerable prestigio en su país. En Irán, sin embargo, el pueblo está alienado por la sed de poder terrenal que muestran muchos de sus clérigos. Ni estas evidentes diferencias ni la terrible guerra entre Irán e Irak de los años 80 han impedido

a las sucesivas administraciones estadounidenses clasificarlos como una misma cosa. Eran el objetivo de la "contención dual" de Clinton y son dos tercios del *eje del mal* de Bush.

Si los países de Oriente Medio tienden a caer uno tras otro como un dominó, ¿por qué Irán no siguió el curso de Turquía en el siglo XX? Ambos países comparten una extensa frontera y gran parte de su historia. Al igual que Irán, Turquía empezó ese siglo como una monarquía cargada de problemas y amenazada por una democracia incipiente. Tras la Segunda Guerra Mundial, ambos fueron transformados por fuertes líderes modernizadores. Hoy, mientras Turquía está en el umbral de la UE, Irán teme un ataque de Estados Unidos.

"Irán no puede ser reformado desde dentro"

Falso, otra vez. Irán puede ser reformado, y lo será. La demografía lo hace inevitable. En torno al 70% de sus 70 millones de habitantes tiene menos de treinta años y una mentalidad más reformista que sus mayores. Algo que quedó claro en una encuesta encargada por su Ministerio de Cultura y Orientación Islámica, cuyos resultados preliminares fueron divulgados en 2001. Este estudio confirmaba que a los jóvenes les disgustaban las restricciones políticas existentes más que a sus mayores y cumplían menos con los preceptos religiosos. El 31% de la población entre 15 y 29 años estaba a favor de un "cambio fundamental en el estado de cosas", eufemismo para referirse a una democratización de la Constitución. Dada la creciente insatisfacción con el clero en el poder, es probable que esas cifras hayan aumentado desde 2001.

La difusión de los valores materialistas y de libertad sexual y el deseo de tener familias más pequeñas son palpables tanto en los ricos distritos residenciales de Teherán como en los más pobres. Las mujeres dominan progresivamente las universidades y ya hay más licenciadas que licenciados. Los jóvenes muestran escasa animosidad contra el antes odiado EE UU. Es cierto que seis años de presión conservadora sobre el reformismo del presidente Mohamed Jatamí han hecho mella en su movimiento y en quienes lo apoyan. Hay millones de iraníes de mentalidad reformista, pero carecen de una ideología y un liderazgo comunes. Es probable que al inhabilitar a los candidatos reformistas, el Consejo de los

Guardianes de la Constitución [un organismo de veto conservador] decida por anticipado el resultado de las presidenciales del 17 de junio.

Pese a todo, la República Islámica es hoy más receptiva al ánimo de la gente de lo que admite. En las grandes ciudades, como Teherán, no es posible reprimir las libertades sociales y las distorsiones que éstas conllevan, por lo que las autoridades no ponen mucho empeño en ello. En las próximas elecciones, todos los candidatos conservadores se llenarán la boca con la importancia de las libertades individuales e incluso políticas.

A pesar del fracaso de Jatamí, una nueva generación de iraníes espoleará el avance de las reformas. Un proceso que se beneficiaría más de un diálogo crítico con EE UU que del actual, y colérico, callejón sin salida. Mientras Irán siga desconfiando de las intenciones de Washington y éste se dedique a vilipendiar a la República Islámica, sus dirigentes autoritarios tendrán una excusa para acabar con la disidencia y etiquetar a los reformistas como traidores.

[¿Algo más?]

In the Rose Garden of the Martyrs:

A Memoir of Iran (HarperCollins, Nueva York, 2005), de Christopher de Bellaigue, narra la vida en Irán desde la revolución islámica. Robin Wright, en ***The Last Great Revolution: Turmoil and Transformation in Iran*** (A. A. Knopf, Nueva York, 2000), también retrata el Irán moderno. Los libros de Nikki Keddie son estudios ya clásicos sobre los últimos 100 años de Irán: ***Roots of Revolution: An Interpretive History of Modern Iran*** (Yale University Press, New Haven, 1981) y, más recientemente, ***Modern Iran: Roots and Results of Revolution*** (Yale University Press, New Haven, 2003). Sir Percy Sykes escribió una autorizada historia en lengua inglesa de Persia durante el siglo XX en dos volúmenes: ***A History of Persia*** (Mac-Millan & Co., Londres, 1915). James Traub se pregunta si la Administración Bush y sus aliados pueden impedir a Irán el enriquecimiento de uranio que le permita fabricar armas nucleares en 'The Netherworld of Nonproliferation' (*New York Times Magazine* , 13 de junio de 2004). En ***The Persian Puzzle: The Conflict Between Iran and America*** (Random House, Nueva York, 2004), Kenneth M. Pollack, antiguo miembro del Consejo de Seguridad Nacional, revisa las conflictivas relaciones entre Estados Unidos e Irán y se manifiesta contra una acción militar estadounidense. Franklin Foer examina en 'Identity Crisis: Neocon v. Neocon on Iran' (*The New Republic* , 20 de diciembre de 2004) el impacto de Irán en los planes de los neoconservadores.

Christopher de Bellaigue cubre Irán para The Economist y es autor de *In the Rose Garden of the Martyrs: A Memoir of Iran* (HarperCollins, Nueva York, 2005).

Fecha de creación

7 septiembre, 2007